

# Apuntes de pedagogía divina

## La parábola del Padre bueno (Lc 15,11-32)

Es costumbre extendida y común definir este fragmento «la parábola del hijo pródigo», aunque casi todo el mundo sabe hoy que el papel principal no le corresponde al «hijo pródigo», ni desde el punto de vista literario ni desde el punto de vista teológico. Siguiendo un laudable ejemplo que tiene ya muchos partidarios, se sugiere calurosamente dejar esta denominación equívoca y adoptar otra, por ejemplo, «la parábola del Padre bueno», que devuelve a la figura del padre el protagonismo literario y teológico. No se trata de una inútil o pedante manía perfeccionista, sino de una ayuda para señalar desde el título al auténtico protagonista y orientar así hacia la interpretación correcta de la parábola.

## EL TEXTO

30

<sup>11</sup>Y continuó: «Un hombre tenía dos hijos. <sup>12</sup>Y el menor dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde. Y el padre les repartió la herencia. <sup>13</sup>A los pocos días el hijo menor reunió todo lo suyo, se fue a un país lejano y allí gastó toda su fortuna llevando una mala vida. <sup>14</sup>Cuando se lo había gastado todo, sobrevino una gran hambre en aquella comarca y comenzó a padecer necesidad. <sup>15</sup>Se fue a servir a casa de un hombre del país, que le mandó a sus tierras a guardar cerdos. <sup>16</sup>Tenía ganas de llenar su estómago con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. <sup>17</sup>Entonces, reflexionando, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo aquí me muero de hambre! <sup>18</sup>Volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. <sup>19</sup>Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: tenme como a uno de tus jornaleros. <sup>20</sup>Se puso en camino y fue a casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio y, conmovido, fue corriendo, se echó al cuello de su hijo y lo cubrió de besos. <sup>21</sup>El hijo comenzó a decir: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo. <sup>22</sup>Pero el padre dijo a sus criados: Sacad inmediatamente el traje mejor y ponédselo; poned un anillo en su mano y sandalias en sus pies. <sup>23</sup>Traed el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete, <sup>24</sup>porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido encontrado. Y se pusieron todos a festejarlo.

<sup>25</sup>El hijo mayor estaba en el campo, y al volver

y acercarse a la casa, oyó la música y los bailes. <sup>26</sup>Llamó a uno de los criados y le preguntó qué significaba aquello. <sup>27</sup>Y este le contestó: Que ha vuelto tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado porque lo ha recobrado sano. <sup>28</sup>Él se enfadó y no quiso entrar. Su padre salió y se puso a convencerlo. <sup>29</sup>Él contestó a su padre: Haces ya tantos años que te sirvo sin desobedecer jamás tus órdenes, y nunca me has dado ni un cabrito para celebrar una fiesta con mis amigos. <sup>30</sup>¡Ahora llega ese hijo tuyo, que se ha gastado toda su fortuna con malas mujeres, y tú le matas el ternero cebado! <sup>31</sup>El padre le respondió: ¡Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo! <sup>32</sup>En cambio, tu hermano, que estaba muerto, ha vuelto a la vida; estaba perdido y lo hemos encontrado».

### Contexto y dinámica del pasaje

Alguien se cree distinto y mejor que los demás y crea inmediatamente dos categorías, los buenos y los malos. Jesús nos recuerda que no corresponde al hombre determinar estas clasificaciones, porque el hombre solamente ve las apariencias. Dios, por el contrario, lee en lo profundo del corazón. Y muchas veces ocurre que la lectura atenta e imparcial de la realidad confirma lo contrario de lo que parecía a primera vista, esto es, que los buenos no son luego tan buenos como daban a entender y que los malos dejan filtrar actitudes y sentimientos contrarios al primer y sumario

juicio emitido en su contra. Con todos, buenos y malos (reales o presuntos), Dios manifiesta su comprensión paterna, acompañada siempre de la insistente invitación al arrepentimiento y a la conversión.

La dialéctica entre buenos y malos forma también el escenario y el desarrollo de la parábola del Padre bueno, que debe leerse y comprenderse en el contexto de la polémica que enciende los ánimos de escribas y fariseos, incapaces de comprender la actitud de Jesús con los pecadores, tan lejana y contraria a las «buenas reglas» de un maestro judío (cf Lc 15,1-3). Jesús responde con la parábola que nos ocupa, dando a entender fácilmente que su comportamiento no es sino el fiel reflejo del amor de Dios, el Padre bueno que se dirige de distintas maneras a los hombres, siempre no obstante con el mismo fin, atraerlos a la órbita de su bondad. Al igual que son distintos los hombres y las situaciones que viven, también son distintas las actitudes de Jesús cuando sale a su encuentro: se comporta precisamente como el padre de la parábola, que trata a sus hijos según las necesidades de cada uno. Un precioso paradigma que se debe considerar como «apuntes de pedagogía divina».

32

Tras una introducción que presenta a los personajes (vv. 11-12), la parábola se articula en dos actos con dos escenas cada uno, el primero dominado por el padre y el hijo menor (vv. 13-24), el segundo por el padre y el hijo mayor (vv. 25-32);

en el segundo acto se revelará más importante, si no directamente decisiva, la relación entre los hermanos, transformada en necesaria por la intervención amorosa del padre.

#### COMENTARIO BREVE

### **1. Introducción: el padre y sus dos hijos (vv. 11-12)**

«Un hombre tenía dos hijos». Con un comienzo sobrio y esencial se presenta a los personajes que animarán la parábola evangélica más bella: el padre y sus dos hijos. Estos tres personajes crean dos tipos de relaciones, la primera la de padre e hijo, desdoblada en padre e hijo menor y padre e hijo mayor, y la segunda, la de hermano y hermano, relación que no se expresa hasta el fin de la relación y que es, sin embargo, de capital importancia.

Después de los personajes, aparece el antecedente que es causa y motivo de todo lo que sigue: «El menor dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde». El menor se asoma a la escena con los rasgos del arrogante y del prepotente, exigiendo lo que un día podrá ser suyo, pero que ahora pertenece todavía al padre. Este último podía reaccionar de diversas maneras; aventuramos algunas:

- negarse, aduciendo la injusticia y su derecho vigente contra el derecho del hijo, todavía latente y futuro;
- convencer al hijo de la inutilidad o de la peligrosidad de esta exigencia, previendo un uso poco prudente de tanta riqueza en manos inexpertas;
- responder duramente a la insolencia y arrogancia del hijo menor, que pedía algo fuera de lo normal; si dura era la exigencia, dura podía sonar la respuesta.

Ninguna de estas posibilidades entra en la consideración del padre, cuya reacción inmediata y sentimientos no conocemos, porque el texto se expresa muy lacónicamente con la frase: «El padre les repartió la herencia». El padre elige un camino lejos de la lógica común, el camino de una desconcertante flexibilidad: ni una objeción, ni una palabra, ni un último intento de impedir el proyectado plan del hijo menor.

34

Vamos a intentar ponernos en el lugar del padre y entenderlo. El hijo es joven, ya no es un niño, ni tampoco adolescente: tiene una personalidad que debe ser respetada. Retener en casa a alguien que encuentra pesado el aire que respira y que ya no considera enriquecedora la relación con su familia equivale a romper una relación de sintonía interpersonal y de comunión que la permanencia obligada no consigue reparar ya. Y luego, ¿cuánto duraría esta vida, considerada,

tras una ocasional negativa del padre, como una vida de esclavo por estar limitada por la cadena de la dependencia paterna? El padre que quiere tener a toda costa a su hijo en casa está movido tal vez por el amor, pero en el fondo quiere precaverse contra el *riesgo* de la incógnita. Educar significa trabajar con un amplio margen de riesgo y de incógnita, educar significa respetar la libertad del otro, sobre todo cuando el otro es adulto, aunque se puede prever un uso incorrecto de esta libertad. Servirse de la propia autonomía o de la propia superioridad para vincular al otro a los propios deseos o puntos de vista podría crear un continuo juego del escondite y llevar a una codificación del enredo, salvando tal vez las apariencias, pero no la sustancia.

El padre se presenta como *el que tiene y el que da*. La continuación del relato mostrará que su proceder no nace de la indiferencia o de la ligereza, sino de la capacidad de arriesgar y de esperar en el valor del bien. Por el momento el relato prosigue sin ofrecer sentimiento alguno del padre, ninguna reacción ante la decisión del hijo, condescendiendo a la insólita petición de dividir el patrimonio.

35

## **2. Primer acto: el padre y el hijo menor (vv. 13-24)**

Toda la primera parte de la parábola pone en escena la actividad del hijo menor, su alejamien-

to del padre y el regreso. Aunque el joven es el sujeto de la mayor parte de las acciones y de los sentimientos aquí descritos, se observa enseguida que la figura del padre domina casi siempre y termina por imponerse como la figura principal que motiva y determina muchos sentimientos o acciones del hijo, de forma que el padre, y no el hijo, queda como sujeto lógico, aunque no gramatical, de este primer acto.

– *Primera escena: el hijo menor se aleja y vuelve con el padre (vv. 13-20a)*

El autor de la parábola encierra la primera escena entre un *partir* (v. 13) y un *regresar* (v. 20a), dos verbos que expresan un movimiento físico contrario, pero que expresarán también dos momentos contrastantes en el ánimo del joven.

36

«A los pocos días el hijo menor reunió todo lo suyo, se fue a un país lejano». La elección de un país lejano quiere expresar la distancia física del padre, pero todavía más la sustracción a su posible influencia –como recordará más adelante la parábola, este «lejano» equivale a la superación de la frontera del país, porque se hablará de la cría de cerdos, animales que los judíos no podían comer y que por tanto no criaban–. La salida ocurre bajo el signo de las más halagüeñas perspectivas, porque el hijo menor posee los elementos que en toda época se consideran ingredientes



indispensables de la felicidad: juventud, riqueza y libertad.

La *juventud* es un gran valor, como ha recordado Juan Pablo II en su carta apostólica a los jóvenes del mundo: «La juventud por sí misma (con independencia de cualquier bien material) es una singular riqueza del hombre [...]. El período de la juventud de hecho es el tiempo de un descubrimiento particularmente intenso del “yo” humano y de las propiedades y capacidades unidas a él [...]. Esta es la riqueza que hay que descubrir y también programar, elegir, prever y tomar las primeras decisiones propias [...]».

Para Giovanni Papini los signos de la juventud son tres: la voluntad de amar, la curiosidad intelectual y el espíritu agresivo, elementos que hacen envidiable esta estación de la vida.

La *riqueza* material, entendida como continua posibilidad de satisfacer las necesidades y como garantía de éxito, es un ideal continuamente perseguido por muchos, que con este fin gastan sueños, esperanzas y energías. Quien la consigue de verdad suele ser envidiado, porque se le considera preparado para tener la felicidad al alcance de la mano.

La *libertad* se considera la condición para disfrutar de la juventud y de la riqueza.

Por tanto, nuestro joven se aleja del padre con la pretendida seguridad de poseer la llave que abre todas las puertas de la felicidad, precisamente por ser joven, rico y libre.

El texto prosigue con una frase lapidaria: «Allí gastó toda su fortuna llevando una mala vida». En esta frase se recuerda una verdad que la observación de la realidad ha confirmado en más ocasiones: una riqueza, aun siendo faraónica, se agota pronto cuando no se administra sabiamente. Nuestro joven pertenece al amplio grupo de personas que en el juego, en el vicio o en las juergas han dilapidado en poco tiempo una fortuna que otros habían acumulado con esfuerzo y sacrificio. Este hecho determina un cambio en el curso de los acontecimientos, agravados por una situación imprevista como el hambre: «Cuando se lo había gastado todo, sobrevino una gran hambre en aquella comarca y comenzó a padecer necesidad». En la lógica del relato el hambre representa lo *imprevisto*, componente indeterminado en cantidad y en tiempo, pero con el que siempre hay que contar en la vida. Las personas sabias y avisadas se previenen de diversas maneras para afrontar los imprevistos; los necios, por el contrario, viven bajo el signo de la despreocupación, como si la vida tuviera siempre que obedecer a la lógica de sus sueños.

Ante la falta de dinero y ante lo imprevisto, que aquí recibe el nombre de hambre, el joven de la parábola reacciona buscando trabajo: «Se fue a servir a casa de un hombre del país, que le mandó a guardar cerdos». No es fácil pasar de una despreocupada vida de francachelas al esfuerzo del trabajo material, pero el joven se adapta por-

que no proviene del mundo grecorromano, que reservaba el trabajo manual sólo a los esclavos —en Israel el trabajo se apreciaba como actividad característica del hombre (cf Gén 2,15), hasta el punto de que incluso quienes se dedicaban al estudio de la *Torá* tenían que vivir del trabajo de sus manos—. Trabajar no es degradante para un judío, pero no todos los trabajos son aceptables para la mentalidad judía, como por ejemplo cuidar cerdos, animal inmundo cuya carne no se podía ni comer ni tocar. A la humillación de este trabajo se añade la del desinterés de los demás por su persona: «Tenía ganas de llenar su estómago con las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie se las daba», sin duda porque el patrón estaba más interesado en engordar sus cerdos que en dar de comer a este aventurero que estaba de paso. Es muy brusco el cambio de joven gentil con mucho dinero a guardián de cerdos a quien se le niegan las bellotas.

Esta situación desagradable hace saltar un mecanismo de replanteamiento: «Entonces, reflexionando, dijo». ¿Por qué este reflexionar? ¿Qué significa? Reflexionar, «volver a sí mismo», significa que antes había salido de sí mismo; se creía libre y por el contrario se reconoce sólo como un disociado mental, un esquizofrénico que había perseguido una quimera como si se tratara de la realidad. Ahora arregla la separación dejando que vuelva a surgir el mundo sumergido de la casa paterna, del padre, de la abundancia:

«¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo aquí me muero de hambre!». La necesidad física, el hambre, ha desteñido los colores que pintaban la vida de fácil, así como inconsistente, felicidad, y ha vuelto a plantear una realidad sobria, pero esencial: una casa, una protección, un trabajo y un sustento seguro.

La necesidad material motiva dos mecanismos responsables de dos tipos de regreso, uno moral y otro físico:

- el retorno moral, con el reconocimiento del error propio y la conciencia de haber perdido la relación padre-hijo: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: tenme como a uno de tus jornaleros». Aquí encontramos la grandeza moral de la persona capaz de reconocer y de admitir el propio error, con lucidez y sin reticencias; es el impulso sincero y humilde del joven que asume toda su responsabilidad; es la humilde admisión de su error, que sirve de contrapunto a la descarada presunción que lo había llevado a alejarse;
- el retorno material («Se puso en camino y fue a casa de su padre»), con una firme resolución, madurada a la luz de una reflexión que integra la vida en una visión menos miope.

¡Qué distintos son la partida y el regreso!  
Había marchado rico y vuelve pobre, había

marchado gallardo y seguro de sí mismo y vuelve humillado y con todas sus seguridades rotas; había marchado joven y vuelve envejecido por el trabajo y por las experiencias (si es cierto lo que dice Mauriac: «Tenemos la edad de nuestros pecados»); había marchado hijo y vuelve no hijo; había marchado libre del padre y vuelve libre de sí mismo, de su desdeñosa autosuficiencia. Lo ha perdido todo, sin embargo ha encontrado la capacidad de reflexionar y de valorar algo de la casa del padre, la comida. ¿Sólo la comida? A ella va unida la secreta esperanza de una posible acogida del padre: espera que lo reciba como criado, desde luego no como hijo. Si hubiera estado seguro de un rechazo total del padre o de su reacción irreflexiva, no habría vuelto. El joven posee una cierta imagen y conocimiento de su padre que da lugar a su regreso. Esta confianza debe ponerse junto a la necesidad de pan. El regreso, por consiguiente, tiene el alimento como causa específica, pero un cierto concepto de padre como causa eficiente. En el fondo, el joven confía y espera que el padre no le niegue ni techo ni trabajo. La primera escena termina con este regreso a las personas y a las cosas abandonadas, aunque con la conciencia de no poseerlas ya como antes. El retorno, motivado por la necesidad material, revela una actitud de confianza en el padre que seguramente lo acogerá como criado y le garantizará el sustento.

A pesar de todo el bagaje de experiencias negativas y de errores que el joven lleva consi-

go, demuestra un aspecto inusitado que lo hace grande, pues está dispuesto a reconocer su error y a asumir todas sus consecuencias, en primer lugar la pérdida de su relación de hijo. Con estos sentimientos el joven, que con todo se ha equivocado mucho, se libera del gran pecado: «El gran pecado, el único pecado del hombre, es creer en su propia suficiencia» (P. Claudel), idea expresada de manera similar por Pío XII: «El pecado actual más grave es que los hombres han comenzado a perder el sentido de pecado». Por tanto, no todo está podrido en este joven, al contrario, los sentimientos de reconocimiento de su culpa y el humilde gesto del regreso a la casa paterna lo convierten en un joven que tiene algo que enseñar. Es sobre todo un hijo que, a pesar de todo, afirma con su regreso que la confianza del padre no ha sido traicionada completamente.

– *Segunda escena: el encuentro entre el padre y el hijo menor (vv. 20b-24)*

42

La figura de un padre aparentemente indiferente e insensible, que deja marchar al hijo sin una palabra o un último intento de retenerlo, revela ahora su falta de fundamento, porque el texto indica toda la solicitud de este padre: «Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio y, conmovido, fue corriendo, se echó al cuello de su hijo y lo cubrió de besos». El padre estaba a la espera,

señal de que el amor no se rinde nunca, que cree en la victoria del bien sobre el mal, que espera en el florecimiento de los buenos principios enseñados. Únicamente en este punto comienza a manifestarse la verdadera actitud del padre que, con su solicitud al correr al encuentro del hijo, indica que vivía en una perenne espera que lo llevaba a esperar y a escrutar continuamente el horizonte. El regreso del hijo es la respuesta al arte educativo del padre, que no había derribado el puente de confianza que lo unía al hijo, aunque la confianza había sido traicionada momentáneamente. El padre recoge los frutos de su riesgo, que ha tenido lugar en un contexto de amor y de esperanza: la esperanza recibe el premio del regreso del hijo a la casa paterna, el amor se concreta en una serie de gestos que el padre reserva al hijo: le sale corriendo al encuentro, lo besa, lo acoge. El texto habla entonces de los sentimientos del padre y lo hace con una palabra característica. El término traducido al español por «conmovido» aparece aquí y en otros dos contextos del evangelista Lucas: cuando se conmueve ante el hijo único muerto de la viuda de Naín (7,33) y cuando el buen samaritano se compadece del desgraciado caído en manos de los ladrones (10,33). El término indica una conmoción profunda que afecta a toda la persona, casi una turbación interior. Como al evangelio no le gusta meterse en análisis psicológicos de tipo freudiano, hay que prestar especial atención a los pasajes en que se mencionan los

sentimientos, porque caracterizan a las personas y determinan la recta comprensión del relato. De hecho, este primer acto está dominado por la conmoción del padre, mientras que el segundo narrará la ira del hermano.

En este punto el joven se expresa con las palabras que había preparado y manifiesta su convicción de que, tras lo ocurrido, ya no es digno de ser llamado hijo. El padre permanece padre, tal vez lo es todavía más en este momento de acogida, pero él no puede seguir siendo hijo porque su pasado pesa sobre él como una vergüenza imborrable. Vive más del pasado que del presente o del futuro.

44 El padre deja hablar al hijo porque la confesión que expresa el arrepentimiento hace bien, tiene un efecto liberador beneficioso. No acepta, sin embargo, las conclusiones propuestas por el hijo y no le deja terminar su: «Tenme como a uno de tus jornaleros»; esto es algo completamente impensable para el padre, más atento al presente y al futuro que al pasado, borrado ahora por el arrepentimiento. No reprocha, no recuerda el pasado, porque sería una reagudización inútil de una herida aún no cicatrizada. Si el hijo ha madurado y ha demostrado su arrepentimiento, ¿qué necesidad hay de insistir? Volver a recordar el pasado sería un sadismo o bien un desquite inconsciente, tal vez con un sarcástico: «Antes quisiste irte y ¿ahora que estás metido en líos vuelves?». El castigo más grave y el reproche más